

SOBRE LA FALSA HISTORIA DEL RETORNO DE LOS DIOS*

Gerardo Ramírez Vidal

Los estudiosos del México prehispánico y del período de la invasión europea del siglo XVI aceptan casi unánimemente como una verdad indiscutible que los indígenas americanos consideraron dioses a los europeos recién llegados al “Nuevo Mundo”.

En *El reverso de la conquista*, Miguel León-Portilla, con el apoyo de las fuentes, se refiere en varias ocasiones a tal hecho. Al referirse a los aztecas señala que “el pueblo en general sí había creído que los extranjeros eran dioses. Mas, cuando vieron su forma de comportarse, su codicia y su furia, forzados por la realidad, hubieron de cambiar de manera de pensar: los extranjeros no eran dioses, sino popolocas o bárbaros que habían venido a destruir su ciudad y la antigua forma de vida”¹. En otro pasaje de la misma obra, el autor vuelve a afirmar que “los quechuas, al igual que sus hermanos aztecas y que los pueblos mayas de las tierras altas de Guatemala, pensaron en un principio que los extraños hombres barbados que llegaban a su tierra eran los dioses que regresaban. En el mundo quechua se les tomó por el legendario Huiracocha y sus acompañantes. Pero, aún cuando durante muchos años se les siguió llamando Huiracochas a los españoles, en realidad

* Este texto reproduce con algunas variantes la ponencia presentada el 7 de mayo de 1993 en el “XV Convegno Internazionale di Americanistica”, organizado por el Circolo Amerindiano in Perusa, Italia.

¹ M. León-Portilla, *El reverso de la conquista*, México, Mortiz, 1964, p. 20, cf. p. 14.

bien pronto se descubrió el error inicial”². En toda esta historia se dio, sin embargo, una excepción. Según León-Portilla, los mayas de Yucatán, en contraste con los demás pueblos, “no pensaron que los extranjeros fueran dioses. Desde un principio los llamaron *dzules*, que quiere decir forasteros. Igualmente les dieron por nombre ‘comedores de anonas’, porque vieron que los hombres de Castilla, a diferencia de los propios mayas, comían esos frutos”³.

Otros estudiosos de reconocido prestigio han profundizado en algunos aspectos de esa supuesta creencia azteca. Entre ellos destaca Tzvetan Todorov, uno de los mayores especialistas en el campo de la teoría literaria, de la retórica y, en general, de la semiología, quien se dedicó a aplicar sus conocimientos semióticos en el caso concreto de la relación que se estableció entre aborígenes americanos y europeos con la llegada de los españoles al “Nuevo Mundo”. El resultado de sus estudios fue un bellissimo libro titulado *La conquista de América*. Sin embargo, en relación con el asunto específico aquí tratado, el estudioso, al analizar la primera imagen que los aztecas tuvieron de los extranjeros, creyó descubrir no sólo que los indígenas se hicieron una idea deformada de los españoles al considerarlos dioses, sino también las causas de tal imagen. Según Todorov, “la primera reacción, espontánea, frente al extranjero es imaginarlo inferior, puesto que es diferente de nosotros: ni siquiera es un hombre o, si lo es, es un bárbaro inferior, si no habla nuestra lengua, es que no habla ninguna, no sabe hablar”. Sin embargo, según Todorov, “la extrañeza ante los españoles es mucho más radical” y por tal motivo “los aztecas renuncian, frente a los españoles, a su sistema de otredades humanas, y se ven llevados a recurrir a la única otra fórmula accesible: el intercambio con los dioses”. “El error de los indios —agrega el estudioso—, no habrá de durar mucho, pero sí lo suficiente para que la batalla esté definitivamente perdi-

² *Ibid.*, p. 130.

³ *Ibid.*, p. 77.

da, y América se encuentre sometida a Europa”⁴. Dentro de este mismo marco conceptual, Todorov considera que Moctezuma confundió a Cortés con Quetzalcóatl: “esta identificación sería una de las razones principales de su falta de resistencia frente al avance de los españoles”. Esta identificación se habría manifestado en los años sucesivos a la Conquista. Para reforzar sus aseveraciones, Todorov señala que “no se puede dudar de la autenticidad de los relatos, que cuentan lo que creían los informantes de los religiosos”⁵.

La creencia azteca encuentra su explicación fundamental en el mito de Quetzalcóatl, el sacerdote y príncipe tolteca que en su huida al oriente había anunciado su regreso en el año de su nombre, “*Ce Acatl*”. Alfonso Caso señala que, cuando los conquistadores llegaron a las costas de Veracruz, precisamente en el año *ce ácatl*, que corresponde al año 1519, “Moctezuma no dudó ni un momento que era Quetzalcóatl que regresaba a tomar posesión de su reino tolteca”⁶. Salvador Toscano reafirma lo anterior: “Que Moctezuma y su Imperio identificaban a los advenedizos como hijos de Quetzalcóatl, o Quetzalcóatl mismo, queda fuera de duda”⁷. Los elementos que comprueban ese hecho parecen definitivos. Primero, el discurso que Moctezuma pronunció ante Cortés acerca del origen extranjero de los aztecas y de la identificación de los españoles como descendientes de Quetzalcóatl, según lo reportan el propio Cortés⁸ y el *Códice Florentino*⁹. Segundo, los presentes

⁴ T. Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI 1992 (tít. original: *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Paris, Ed. du Seuil, 1982), pp. 84-85.

⁵ *Ibid.*, p. 128.

⁶ A. Caso, *El pueblo del sol*, México, FCE, 1983 (Col. Lecturas Mexicanas 10), p. 39.

⁷ S. Toscano, *Cuauhtémoc*, México, FCE, 1984 (Col. Lecturas Mexicanas 20), p. 80.

⁸ *Cf. infra* n. 18.

⁹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989 (Col. Cien de México), libro XII, cap. xvi.

enviados por el rey azteca a los españoles que correspondían a los atavíos y objetos de Quetzalcóatl.

Del mismo modo, existen numerosos testimonios escritos que sustentan la veracidad de este singular comportamiento. Uno de los ejemplos más claros sobre este asunto es el pasaje donde los informantes de Sahagún se refieren a las primeras noticias de la llegada de los conquistadores. Según el testimonio, Moctezuma, después de saber de la llegada de los españoles, envió emisarios quienes, al acercarse a los barcos de los españoles y verlos de cerca, “pensaron —dice la fuente— que era el dios Quetzalcóatl que volvía, al cual estaban y están esperando”. Cuando los enviados regresaron con las noticias, le dijeron, “hemos visto a unos dioses dentro en la mar y fuimos a recibirlos”¹⁰. En Sahagún, Moctezuma aparece convencido que se trataba del regreso de Quetzalcóatl y preparó su recibimiento: “Mirad que me han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcóatl. Id y recibidle, y oíd lo que os dixere con mucha diligencia... Veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él le convienen”¹¹. El texto de Sahagún es rico en referencias a esta creencia de Moctezuma quien, temeroso, buscaba la forma de huir de los dioses. En relación con los mayas, los *Anales de los cakchiqueles* registran el mismo fenómeno: “sus caras eran extrañas, los señores los tomaron por dioses”¹².

A pesar de la gran cantidad de fuentes que se refieren a la imagen que los indígenas tuvieron de los españoles, no creo que la identificación de los españoles como dioses y de Cortés como Quetzalcóatl sea un hecho incontrovertible. Por el contrario, existen elementos que requieren una mayor atención de la que hasta ahora se les ha dado y que permiten considerar tal idea, si no falsa, al menos dudosa. En efecto, un análi-

¹⁰ *Ibid.*, libro XII, cap. II.

¹¹ *Ibid.*, libro XII, cap. IV.

¹² *Memorial de Sololá. Anales de los cakchiqueles*, trad. de Adrián Recinos, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 126.

sis filológico y retórico de las fuentes permite rechazar que los indios hubiesen tomado por dioses a los conquistadores.

El primero de los aspectos sobre el que se debe reflexionar es la veracidad de las fuentes. Todas las fuentes escritas contemporáneas a la Conquista y sobre el pasado de los indígenas del México antiguo, de autores indígenas o españoles, deben ser utilizadas con mucho cuidado poniendo en duda en cualquier momento su valor histórico. En efecto, la alteración de los datos históricos en las fuentes escritas es impresionante. De este hecho ya se habían dado cuenta los propios escritores de Indias. En la primera de las *Cartas de relación* atribuida erróneamente a Hernán Cortés, los autores señalan escuetamente: “las relaciones que hasta ahora a vuestras majestades de esta tierra se han hecho... no son ni han podido ser ciertas porque nadie hasta ahora las ha sabido como será ésta que nosotros a vuestras reales altezas escribimos”¹³. Cincuenta años más tarde Bernal Díaz del Castillo escribiría que Gómara y otros cronistas no decían nada de lo que verdaderamente había ocurrido en la conquista de México: les daba lo mismo poner ochenta mil que ocho mil sobre los habitantes de las grandes ciudades, etcétera¹⁴. Los cronistas de Indias se dirigían entre sí recriminaciones semejantes, de la que no salían bien librados los propios textos indígenas, como consigna Sahagún al inicio del sexto libro de su *Historia*. Los españoles actuaban de ese modo a veces voluntariamente, para justificar las atrocidades cometidas por ellos. Por su parte, los indígenas que sobrevivieron al exterminio escribían bajo la mirada vigilante de los recién llegados. Los libros de los indígenas que no se adaptaban a los deseos de la Corona eran destruidos; la destrucción de los códices prehispánicos fue casi absoluta, así como fue arrasada la tan célebre ciudad de México-Tenochtitlan.

¹³ H. Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1960 (Col. Sepan Cuan-
tos... 7), p. 7.

¹⁴ B. Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México,
Porrúa, 1960 (Col. Sepan Cuan-
tos... 5), cap. XVIII

Tales consideraciones, sin embargo, no implican que las fuentes escritas no deban utilizarse, sino que esos textos deben someterse a un control histórico, filológico y retórico que los haga confiables.

Se debe tomar también en consideración que no existe ninguna fuente indígena de importancia que haya sido escrita por los aztecas. La mayoría de los autores indígenas provienen de poblaciones aliadas a los españoles y en consecuencia presentan el punto de vista de los vencedores. Algunos autores muy importantes provienen de Tlatelolco, ciudad hermana y al mismo tiempo rival de Tenochtitlan, y presentan en buena medida una versión desfavorable a los aztecas, a quienes por ejemplo llegan a acusar de cobardes¹⁵. Este es el caso de los informantes indígenas de Sahagún, quienes además, como ya se ha dicho, sólo contestaban cuestionarios ya preparados que no ensuciaban la imagen de España.

Se debe examinar asimismo el aspecto temporal. Según me parece, las fuentes literarias que se refieren a los españoles como dioses son más claras en cuanto más se alejan temporalmente de la destrucción de la ciudad azteca. Este dato permitiría pensar que la idea que los aztecas tenían de los españoles como dioses se fue haciendo más común con el paso del tiempo. De tal modo se podría pensar que esa idea fue creada por los conquistadores, particularmente por Cortés, desde un principio, y que con el paso del tiempo se fue generalizando.

Por último se debe subrayar la existencia de una serie de hechos y de testimonios escritos de los que se puede deducir una conclusión diferente, que no ha recibido ningún valor y no ha dado lugar a cambios importantes en nuestra concepción de esa supuesta creencia indígena. Es pues necesario detenerse a analizar algunos de estos hechos y testimonios. Veamos primero cómo se documenta la falsa historia del retorno de los dioses.

¹⁵ Cf., por ejemplo, el cap. xxxii del libro *XII* de Sahagún.

Ante todo debe señalarse que la tergiversación y la denigración fueron mecanismos habituales para justificar la conquista. Las reacciones que los indígenas del “Nuevo Mundo” tuvieron frente a los españoles desde sus primeros contactos fueron muy diversas. Desde el inicio, según el testimonio de Colón¹⁶, los extranjeros se encontraron con la proverbial hospitalidad indígena, pero también con la fuga, el rechazo armado e incluso con el desprecio de los aborígenes americanos. A partir de estas actitudes los españoles empezaron a caracterizar de modo diferente a los indios: buenos los amigos, malos los enemigos. Fue a estos últimos a quienes comenzaron a inventarles costumbres e historias abominables o a exagerar aspectos que horrorizaban a la sociedad europea de entonces. Así por ejemplo, los caribes, que no quisieron someterse a los conquistadores, fueron acusados de comer carne humana, y precisamente del nombre “caribe” derivó nuestra moderna palabra “caníbal”, por el pésimo oído de Colón (quien —dígase de paso— desde el primer día de su llegada creyó comprender bastante bien las lenguas indígenas de las que era absolutamente ignorante). W. Arens¹⁷ demostró que la horrenda fama de aquellos hombres fue inventada por los españoles con el objetivo de tener las manos libres para hacer de ellos lo que quisieran, con el beneplácito de la corona española.

El mismo proceso se dió en relación con los aztecas: cuando se declararon enemigos de los españoles fueron convertidos también en caníbales, utilizándose así en su contra el mismo mecanismo de denigración moral utilizado contra los caribes.

El comportamiento de los aztecas frente a los recién llegados sufrió cambios. Los aztecas, y sobre todo Moctezuma, tu-

¹⁶ Como lo manifiesta repetidas veces en su *Diario de viaje* a partir del 12 de octubre (fechado 11 de octubre) de 1492 (C. Colón, *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 29 ss.).

¹⁷ W. Arens, *The man-eating myth. Anthropology and Anthropophagy*, New York, 1979.

vieron inicialmente una actitud pacífica y hospitalaria con los extranjeros, pero con los desmanes y atrocidades cometidos por éstos, la hospitalidad se convirtió en un odio feroz. Este cambio de conducta se adaptó muy bien a la alteración de la verdadera imagen que los indios tuvieron de los españoles.

En este caso tal vez el ejemplo más importante sea un pasaje del propio Hernán Cortés de la segunda de sus *Cartas de relación*, firmada el 3 de octubre de 1520, es decir, luego de iniciada la guerra contra los aztecas. En esta carta se cuenta con mucha vivacidad el célebre encuentro entre el capitán español y Moctezuma, y cómo los españoles fueron hospedados en los palacios reales. Después de alojarlos —según Cortés—, el rey dirigió a los principales jefes indígenas, frente al capitán y los españoles, el siguiente discurso:

Hermanos y amigos míos... de vuestros antecesores tenéis memoria cómo nosotros no somos naturales de esta tierra, y que vinieron a ella de muy lejos tierra, y los trajo un señor que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran. El cual volvió dende ha mucho tiempo y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casados con las mujeres de esta tierra y tenían mucha multiplicación de hijos, por manera que no quisieron volverse con él ni menos lo quisieron recibir por señor de la tierra; y él se volvió, y dejó dicho que tomaría o enviaría con tal poder, que los pudiese constreñir y atraer a su servicio. Y bien sabéis que siempre lo hemos esperado, y según las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le envió acá, y según la parte de donde él dice que viene, tengo por cierto, y así lo debéis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos, en especial que nos dice que allá tenía noticia de nosotros, y pues nuestros predecesores no hicieron lo que a su señor eran obligados, hagámoslo nosotros, y demos gracias a nuestros dioses porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquéllos esperaban¹⁸.

¹⁸ H. Cortés, *op. cit.*, p. 60; también p. 52

Aparte de las incongruencias con el mito sobre Quetzalcóatl, puede señalarse que el capitán había querido convencer a Moctezuma de que el “señor” azteca (Quetzalcóatl), identificado con el rey de España, los había enviado: esto es, Cortés conocía la creencia del retorno de Quetzalcóatl. Esta manipulación del mito había sido advertida por Todorov, según quien la idea de que los españoles hubiesen sido considerados como los directos descendientes de los antiguos toltecas, llegados para retomar sus propiedades, es “en parte sugerida por los mismos españoles, y es imposible afirmar con certeza que Moctezuma haya creído en ella”.¹⁹ Es muy probable que Cortés no haya entendido el discurso y lo haya interpretado a su modo y conveniencia. El discurso puesto en boca de Moctezuma por los informantes indígenas de Sahagún, que aquí no podemos analizar con detenimiento, presenta notables diferencias con el registrado por Cortés. Sin embargo, la versión indígena se apega a la “historia oficial” creada por los cronistas. Probablemente lo que Moctezuma pronunció fue un recibimiento hospitalario a los extranjeros, si es que en realidad hubo tal discurso. Todavía nosotros acostumbramos decir “ésta es tu casa”. Cortés lo tomaría muy en serio.

Pero el carácter divino los indígenas no lo adjudicaban a los españoles, sino a Moctezuma, lo que es más congruente con la forma normal de ver al “otro”. Tal cosa parece comprobarla un pasaje del propio Cortés donde el rey azteca dice al capitán español:

“... sé que también os han dicho que yo tenía las casas con las paredes de oro y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo era y me hacía dios y otras cosas. Las casas ya las véis que son de piedra y cal y tierra” y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo diciendo: “A mí véisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable,” asiéndose él con sus manos de

¹⁹ T. Todorov, *op. cit.*, p. 62;

los brazos y del cuerpo... Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que vuestra majestad era a quien ellos esperaban (p. 52).

Cortés se esforzaba en hacer creer a Moctezuma que el rey de España era Quetzalcóatl, pero del texto no se desprende que hubiera tenido éxito. Parece claro que los aborígenes tenían una alta opinión de Moctezuma al considerarlo un dios, tanto que el mismo monarca azteca se ve en la necesidad de demostrar a los extranjeros la falsedad de esa creencia. De cualquier modo, nos encontramos aquí con un testimonio que se opone a la hipótesis tradicional que aquí estamos tratando.

En la tercera carta, que trata sobre el asedio de la capital azteca, Cortés refiere que, cuando los aztecas se encontraban al límite de su resistencia, algunos jefes indígenas que tomaban al capitán como hijo del Sol, le dijeron que, como creían que el Sol, “en tanta brevedad como era en un día y una noche daba vuelta a todo el mundo”, por qué no los mataba de una buena vez, terminando así con su sufrimiento²⁰. Es evidente que se trata de una invención de Cortés. En boca del capitán los indígenas hablan y razonan como europeos del siglo XVI. En efecto, los aztecas no tenían en sus creencias que el sol diera vuelta en torno al mundo; ellos creían que todos los días el sol moría y se iba a la región de los muertos, para renacer al día siguiente por el oriente.

Un pasaje de Bernal Díaz del Castillo, en el cap. XLVI de su interesantísima (y, en muchos aspectos, falsísima) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* resulta muy apropiado para entender la consideración en que los aztecas tenían a los españoles. Cuando éstos, encontrándose en país de Cuahuiztlan, hablaban con el cacique gordo de Cempoala y otros, llegaron cinco mexicanos recaudadores de Moctezuma. El cacique y su gente dejaron inmediatamente solo a Cortés y sus

¹⁹ Cortés H., *op. cit.*, p. 158.

hombres y con gran temor dieron a los mexicanos la hospitalidad debida. “Y cuando entraron por el pueblo los cinco indios —refiere Díaz del Castillo— vinieron por donde estábamos, porque allí estaban las casas del cacique y nuestros aposentos, y pasaron con tanta continencia y presunción que sin hablar a Cortés ni a ninguno de nosotros se fueron delante”. Los dioses son venerados o temidos, pero no son ignorados.

El comportamiento que tuvieron con los españoles los indios de la costa sureste de los Estados Unidos, mucho menos desarrollados que los habitantes de los pueblos mesoamericanos, concuerda con la señalada por Díaz del Castillo, según el testimonio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Entre otras cosas ese cronista refiere cómo él y sus demás compañeros fueron hechos esclavos y acusados de antropofagia (porque en efecto se habían comido a algunos de ellos),²¹ situación exactamente opuesta a la sufrida por los aztecas y otros pueblos de América.

Otros ejemplos interesantes que permiten sospechar de la falsedad de la creencia en el carácter divino de los españoles se encuentran en los propios testimonios indígenas. Uno de los textos más antiguos es el *Coloquio de los doce*²², en el que se consigna una disputa del 1524 entre algunos sabios indígenas y los primeros franciscanos llegados a América. Entre otras cosas se incluye el rechazo de los sabios a la nueva enseñanza que los empujaba a no creer en sus dioses: “Habíais dicho que nuestros dioses no eran verdaderos”, dice la fuente indígena tratando de defender sus propias creencias. Obviamente los indígenas continuaban creyendo, poco después de la conquista, en su religión, aunque ésta fuera perdiendo poco a poco terreno frente al cristianismo. Entre las nuevas ideas empezó a extenderse la

²¹ A. Núñez Cabeza de Vaca. *Naufragios*, cap. xiv (Utilizo la edición de J. Estruch, México, Fontanara, 1988, p. 71).

²² Sobre este libro cf. Ch. Duverger 1990, *La conversión de los indios de la Nueva España con el texto de los Coloquios de los Doce de Bernardino de Sahagún* (1564), Quito, ABYA-YALA (Colección 500 AÑOS, 18); edición original Du Seuil, 1987.

creencia en que los españoles eran hijos de Dios, cosa que los españoles creían a partir del Evangelio.

Obviamente en el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, que logró salvarse de la destrucción y por lo tanto constituye una versión auténtica del pensamiento indígena, los españoles son señalados como lo que eran, extranjeros, y son vistos con desprecio, como debió haber sido la actitud genuina de todos los pueblos indígenas: “Del oriente vinieron. Cuando llegaron, dicen que su primer almuerzo fue de anonas. Esa fue la causa de que se les llamara ‘extranjeros comedores de anonas’. ‘Señores extranjeros chupadores de anonas’ fue su nombre”. La percepción que los redactores del libro tenían de lo ocurrido con la conquista aparece con claridad en las siguientes líneas:

Entonces era bueno todo y entonces fueron abatidos. Había en ellos sabiduría. No había entonces pecado. Había santa devoción en ellos. Saludables vivían. No había entonces enfermedad; no había dolor de huesos; no había fiebre para ellos, no había viruelas, no había ardor de pecho, no había dolor de vientre, no había consunción. Rectamente erguido iba su cuerpo, entonces. No fue así lo que hicieron los *Dzules* cuando llegaron aquí. Ellos enseñaron el miedo; y vinieron a marchitar las flores. Para que su flor viviese, dañaron y sorbieron la flor de los otros²³.

Para terminar deseo referirme a la importancia del fenómeno aquí estudiado. La idea de que los indígenas consideraban dioses a los españoles (quienes, lo repito, se creían en efecto hijos de Dios, y consideraban a los indígenas seres inferiores) constituye un mecanismo de conquista tan sutil y efectivo que ha sobrevivido inalterado y oculto durante cinco siglos. Tenía razón Gorgias de Leontini al decir que el *logos*, con un cuerpo paqueño e imperceptible, puede realizar cosas divinas, como —en nuestro caso— hace aparecer cierto lo falso.

²³ *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1985 (Col. Cien de México), p. 58.

La invención sobre la supuesta creencia en la naturaleza divina de los españoles forma parte de la invención general que los europeos, y luego también los “mestizos”, hicieron sobre los pueblos americanos de ayer y de hoy. Los primeros europeos que llegaron a estas tierras no entendieron lo que tenían ante sus ojos y describieron a los hombres y sus hechos con todos los prejuicios, la ignorancia y los intereses que traían auestas. América no fue descubierta; fue descubierto un mundo que explotar, pueblos que someter, civilizaciones que exterminar. Por desgracia aún se siguen utilizando muchos de los mecanismos de conquista de hace cinco siglos para continuar explotando a los pueblos de América. Uno de ellos es esta antigua tergiversación de lo sucedido hace quinientos años que aún conserva toda su fuerza colonizadora.